

La Guerra Fría vista desde el siglo XXI. Novedades interpretativas

Lorenzo Cuesta, José Antonio

La Guerra Fría vista desde el siglo XXI. Novedades interpretativas
Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea, núm. 19, 2019
Universidad de Alicante, España
Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=521565532010>
DOI: <https://doi.org/10.14198/PASADO2019.19.09>

Notas bibliográficas

La Guerra Fría vista desde el siglo XXI. Novedades interpretativas

The Cold War seen from the 21st century. Interpretive
novelties

José Antonio Lorenzo Cuesta joslorenzo@palencia.uned.es

Universidad Nacional de Educación a Distancia, España

 <https://orcid.org/0000-0003-1100-0498>

Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea, núm. 19, 2019

Universidad de Alicante, España

Recepción: 18 Febrero 2019

Aprobación: 29 Marzo 2019

DOI: [https://doi.org/10.14198/
PASADO2019.19.09](https://doi.org/10.14198/PASADO2019.19.09)

Redalyc: [https://www.redalyc.org/
articulo.oa?id=521565532010](https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=521565532010)

Resumen: En la bibliografía sobre la Guerra Fría publicada a partir del año 2000, los distintos autores que se reseñan en el presente ensayo, estudian el conflicto desde una perspectiva historiográfica y epistemológica novedosa. Lejos de estereotipos anteriores que definen esa confrontación como un enfrentamiento político y militar entre las dos superpotencias surgidas de las cenizas de la II Guerra Mundial, los Estados Unidos y la Unión Soviética, las interpretaciones más recientes consideran que estaba en juego el «alma de la humanidad», el modelo económico, social, cultural y político de dos sociedades muy distintas. Con este trabajo acerca de las nuevas interpretaciones del significado de la Guerra Fría, se pretende contrastar la visión particular e innovadora de los autores correspondientes con la de la mayoría de los estudios realizados sobre la temática antes del año 2000.

Palabras clave: Guerra Fría, Humanidad, Propaganda.

Abstract: In the existing literature on the Cold War published since 2000, the different authors reviewed in this essay study this conflict from an epistemological perspective and novel historiography. Far from previous stereotypes that define that confrontation both as a political and military contest between the two superpowers emerged from the ashes of World War II –the United States and the Soviet Union– present mainstream considers that it was the “soul of humanity” what was actually at stake, that is, the economic, social, cultural and political model of two very different societies. The aim of this paper about new interpretations of the meaning of the Cold War is to establish a contrast between those authors’ innovative, personal vision and most works on this subject published before the year 2000.

Keywords: Cold War, Humanity, Propaganda.

1. Introducción

La mayor parte de los estudios acerca de la Guerra Fría anteriores al siglo XXI concluyen que esta no significó más que una lucha por el liderazgo mundial entre las dos principales potencias mundiales que emergieron de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos y la Unión Soviética. Así, para Palma (2003), las raíces de la Guerra Fría se encontrarían en un mundo postrado por un conflicto global devastador, y los recelos opuestos para la creación de un orden internacional que Washington y Moscú pretendían imponer a un mundo inestable por la destrucción que había ocasionado la guerra, caracterizado por el enfrentamiento bipolar. Stonor (2013) señala que en un mundo tan polarizado como el de la Guerra Fría, no había lugar para la neutralidad. Tanto los Estados Unidos como

la URSS, no ahorraron esfuerzos para deslegitimar los argumentos del neutralismo. Lozano (2007) define la Guerra Fría como el prolongado conflicto entre el bloque socialista y el bloque occidental que se libró en los frentes político, económico y propagandístico, y solo de forma muy limitada en el frente military^[1]. Parafraseando al expresidente George H. W. Bush, la Guerra Fría fue una lucha por el alma misma de la humanidad, una lucha por un estilo de vida propio. Los líderes soviéticos mantenían el convencimiento de que el marxismo-leninismo supondría la felicidad para la humanidad y de que su sistema político y económico erradicaría la explotación del hombre por el hombre. Además, consideraban que el capitalismo tenía los días contados y que, tras su desaparición, el triunfo del comunismo a nivel mundial supondría para la humanidad el disfrute de la paz y justicia universal (Palma, 2003). A esta visión, Lozano (2007) contrapone el punto de vista soviético del mundo, divergente al de los inquilinos de la Casa Blanca, que mantenían una concepción radicalmente diferente del significado del concepto de felicidad para el ser humano. Anhelaban crear un orden mundial de acuerdo con los principios del capitalismo democrático. En este sistema no cabía imaginar la existencia de una economía dirigida y de un partido único, los partidos políticos debían competir por el poder, por lo que los derechos individuales y la propiedad privada suponían la clave para el progreso humano. En la Guerra Fría prosperó la imaginación contrafáctica, el término orwelliano del «doblepensar»^[2] explicaría muy bien los mecanismos por los que los ideólogos de ambos bandos manipularon la realidad (Ruiz, 2012).

2. Novedades interpretativas

Si en la Guerra Fría se dirimía nada menos que el alma de la humanidad, entonces, resulta necesario fijarse señala Romero (2018) en las almas de los que ostentaron la más alta responsabilidad a la hora de adoptar las decisiones que determinarían el destino del mundo y de sus propias naciones durante casi cincuenta años. En esta misma idea profundiza Arne (2018), al tratar en su obra de los seres humanos y de todo aquello que inexorablemente va unido a la esencia del hombre, el miedo, las ideas, los anhelos, etc. Como seres humanos, los líderes de los Estados Unidos y la Unión soviética se vieron mediatizados en sus decisiones por las circunstancias, y fueron rehenes de la ideología y de la historia. La totalidad de los autores que se han acercado al estudio de la Guerra Fría desde el siglo XXI coinciden en señalar como Stonor (2013) la importancia de las relaciones personales, de los vínculos de amistad y de la «diplomacia de salón» y la «política de tocador» en el escenario geoestratégico de la Guerra Fría. El pensamiento del presidente Reagan constituye el mejor ejemplo de la importancia de los apriorismos ideológicos en el desarrollo de la Guerra Fría. Para Reagan, la lucha contra el comunismo suponía un combate moral entre el bien y el mal. Esta reformulación maniquea de la Guerra Fría como una batalla entre las fuerzas de la luz y las tinieblas, sugería que no podía hacerse concesión

alguna al enemigo comunista. Zubok (2011), está convencido de que, para comprender la política exterior soviética durante la Guerra Fría, resulta imprescindible conocer la personalidad de los dirigentes de la URSS, especialmente de Stalin, Kruschev, Breznev y Gorbachov. La huella del individuo en la historia es un hecho incontestable y, para Zubok, el caso de Gorbachov resulta paradigmático. Este dirigente fue admirado en Occidente por su actuación en la desaparición pacífica del Imperio soviético, mientras en Rusia fue considerado como el culpable último de la desintegración de la URSS. Los Estados Unidos y la Unión Soviética se consideraban portadores de un mensaje universal, pues encarnaban dos sistemas de valores totalizadores y excluyentes. Macmahon (2016), señala que el objetivo último de cada uno de ellos difería radicalmente de los conflictos territoriales o económicos tradicionales. Se trataba de convencer a la otra parte para que evolucionase hacia posiciones ideológicas propias. Niño (2012) expone en su estudio que la Guerra Fría supuso todo un enfrentamiento estratégico, diplomático e ideológico, pero también informativo y cultural. Para Stonor (2013), los Estados Unidos pretendían evitar la propagación del comunismo en el mundo bajo la premisa de que la humanidad necesitaba una nueva época ilustrada, una *paxamericana*, una etapa que sería bautizada con el nombre del «siglo americano».

Reconocidos investigadores de la Guerra Fría, como Lewis (2008), consideran que todo intento de reducir la historia de este conflicto al papel desarrollado por grandes fuerzas militares y grandes líderes políticos sería faltar a la verdad. Desde el inicio de la Guerra Fría, los protagonistas del enfrentamiento ideológico, tanto soviéticos como norteamericanos, fueron conscientes de las negativas consecuencias que para sus respectivos países acarreaba la rivalidad mantenida a escala mundial, y de la necesidad de desviar los recursos necesarios para el bienestar de sus ciudadanos hacia los enormes programas armamentísticos que garantizasen la supremacía militar de una superpotencia respecto de la rival (Palma, 2003). Se podría decir, según Niño (2012), que la Guerra Fría sirvió de contenedor gigantesco, de grito enardecedor, de eslogan para justificar la pérdida de vidas y de bienes. Por ello, escribe Lewis (2008), desde 1945 los líderes de Moscú y Washington no desdeñaron la posibilidad de llegar a un entendimiento mutuo que, sin renunciar a sus principios ideológicos, les permitiese invertir esfuerzos y recursos en la mejoría de sus respectivas sociedades. En su estudio queda patente que todos, desde Stalin hasta Gorbachov por la Unión Soviética y desde Truman hasta George Bush por los Estados Unidos, tuvieron en mente lograr un entendimiento con su contrario. Sin embargo, la estrategia norteamericana de contención provocó, debido al desconocimiento de las verdaderas preocupaciones de los líderes soviéticos, que estos variaran su estrategia inicial de no confrontación hacia posiciones de beligerancia contra el bloque occidental (Stonor, 2012).

Leffler (2008) sostiene que los líderes soviéticos albergaron el sueño de convertirse en una superpotencia a escala global y de construir una economía planificada que lo posibilitase. El comunismo había prometido

una vida mejor, pero no logró proporcionarla. La contradicción que destruyó a la URSS fue su capacidad para colocar a un hombre en el espacio y su incapacidad para proporcionar una calidad de vida digna a sus ciudadanos capaz de competir con el capitalismo occidental (Zubok, 2011). Además, consideraban que el capitalismo tenía los días contados, y que, tras su desaparición y el triunfo del comunismo a nivel mundial, la humanidad disfrutaría de la paz y la justicia universal. Para Lewis (2008) la acusación de Marx sobre que el capitalismo elevaba la codicia por encima de todo se demostró falsa. Las perversiones del marxismo que Lenin y Stalin aplicaron a la Unión Soviética, y Mao en China, provocaron el descrédito del comunismo no solo en el plano económico, sino también en el de la justicia política y social.

Parte de la historiografía considera que la nueva generación de líderes soviéticos que alcanzó el poder en los años ochenta, había llegado a la conclusión de que las políticas desarrolladas por sus predecesores habían fracasado en el objetivo de superar la desastrosa herencia del estalinismo, reformar la economía, democratizar el sistema y revitalizar la sociedad soviética. Soviéticos y estadounidenses creían que sus respectivos países actuaban impulsados por un propósito que trascendía con mucho sus intereses nacionales. La Unión Soviética y los Estados Unidos parecían convencidos de la nobleza que guiaba sus actuaciones en política exterior, con el único objetivo de conducir a la humanidad a una nueva era de paz, justicia y orden. Esos valores ideológicos, unidos al poder de ambas naciones en un momento en el que gran parte del mundo yacía postrado, proporcionaron un camino seguro para el conflicto entre las dos superpotencias (Macmahon, 2016). Mediante esta forma de presentar las distintas posturas de soviéticos y norteamericanos, de una forma hábil, introduce al lector en una de las ideas básicas de su obra: los dirigentes de ambas superpotencias actuaban mediatisados en la toma de decisiones por estas visiones tan divergentes del futuro de la humanidad. Leffler (2008) añade a esta argumentación otra premisa básica de la historiografía más reciente sobre la Guerra Fría: las afirmaciones ideológicas no eran lo único que separaba a ambas posturas; los recuerdos históricos jugaron un papel fundamental en la toma de decisiones respecto del contrario y prolongaron el conflicto de una forma que quizás no se hubiese producido de mediar únicamente las diferencias ideológicas. Entre los momentos del pasado, que tan importante papel desempeñaron en la prolongación de la Guerra Fría, Arne (2018) destaca sobre los demás el recuerdo de lo acaecido en la Segunda Guerra Mundial. Lewis (2008) defiende la teoría de que el origen de la Guerra Fría en la Segunda Guerra Mundial explicaría la razón de que este conflicto aflorara inmediatamente después del armisticio. Las rivalidades entre las grandes potencias eran a pesar de todo un patrón histórico tan normal en el comportamiento político de las naciones como establecer grandes alianzas de poder. Desde Stalin hasta Gorbachov, la amenaza alemana pesó como una losa en la toma de decisiones con respecto al potencial enemigo capitalista. Leffler (2008) mantiene que en la medida en que el revanchismo alemán perdió fuerza en el imaginario colectivo soviético, fue posible la existencia de

un grado mayor de entendimiento entre norteamericanos y soviéticos. Podrían resumirse las diferentes posturas sobre este asunto y la propia evolución del conflicto analizando la aptitud soviética respecto de la cuestión alemana en el comentario de Leffler (2008), que nos recuerda las declaraciones al diario *Pravda de Stalin*:

«Los alemanes invadieron la URSS desde Finlandia, Polonia, Rumanía, Bulgaria y Hungría. Los alemanes fueron capaces de llevar a cabo la invasión desde estos territorios porque, en su momento, en aquellos países había gobiernos hostiles a la Unión Soviética. ¿Qué hay de sorprendente –decía Stalin– en que la Unión Soviética, ansiosa por garantizar su seguridad en el futuro, quiera que haya, en estos países, gobiernos que demuestren una actitud leal hacia la Unión Soviética?». (LEFFLER, 2008: p. 73)

Para Lozano (2007) la Guerra Fría no obedeció a un plan previsto sino a las decisiones de sus líderes. Cuando la Segunda Guerra Mundial tocaba a su fin, tanto Stalin como Truman admitían que era preferible cooperar a competir, y sus sucesores opinaban lo mismo. Si eran capaces de evitar el conflicto y de controlar la carrera armamentística, los líderes de ambos países podrían concentrar sus esfuerzos en sus prioridades domésticas y destinar los fondos necesarios para satisfacer las necesidades de sus sociedades, definidas por sus respectivas culturas políticas^[3].

Stalin y Truman, Malenkov y Eisenhower, Kennedy, Johnson y Kruschev, Brezhnev y Carter y Reagan, Bush y Gorbachov supieron siempre que representaban maneras distintas de organizar la sociedad. Veiga (2010) asegura que la Guerra Fría fue producto de la incertidumbre del momento, más que de la voluntad declarada de pugna. La fuerza del denominado trauma de 1941^[4] se multiplicó en progresión geométrica al finalizar la Segunda Guerra Mundial. En ese momento, los Estados Unidos y la Unión Soviética se comportaban como dos enfermos psíquicos que proyectaran su miedo apocalíptico el uno en el otro. Para Powaski (2000) la Guerra Fría generó miedo y suspicacia. Contribuyó a que la Unión Soviética continuara siendo un Estado estalinista mucho después de la muerte del dictador. La Guerra Fría también dejó una huella indeleble en los Estados Unidos, afectando a todos los aspectos de la sociedad norteamericana^[5]. Como resultado del temor provocado por la amenaza del comunismo soviético, el Gobierno Federal asumió un poder mucho mayor, ocupó el centro de la escena política, y el aumento del gasto en defensa se convirtió en una característica permanente del presupuesto federal, como muy bien recuerda en su obra (Macmahon, 2016). El precio que pagó Estados Unidos durante la presidencia de Reagan a cambio de ganar la Guerra Fría fue muy elevado. El incremento del gasto militar, el mayor del país en tiempos de paz contribuyó a un aumento nunca conocido de la deuda nacional. Estos fondos fueron detraídos de otras partidas como educación, sanidad, etc. Stonor (2013) ha demostrado en su libro que, en el momento álgido de la Guerra Fría, la Administración norteamericana invirtió enormes recursos en programas secretos de propaganda cultural impulsados por la CIA en Europa Occidental^[6]. Macmahon (2016) finaliza su trabajo con una

reflexión compendio de su tesis de inicio que impregna todo su libro y que muy bien podría resumir el concepto fundamental sobre el que giran los estudios reseñados en este ensayo: la Guerra Fría estalló y se mantuvo durante cinco décadas porque esos líderes fueron prisioneros de sus ideales y a su vez víctimas de los peligros y de las oportunidades que les ofrecía la coyuntura internacional. En resumen, los historiadores que se han ocupado de la investigación sobre la Guerra Fría desde el umbral temporal del siglo XXI, mantienen que la Guerra Fría duró casi cincuenta años porque quienes tuvieron en su mano acabar con el conflicto fueron presa de sus vivencias personales. Una idea comentada en este ensayo se repite en casi todos los trabajos mencionados de manera recurrente: la Guerra Fría no fue un conflicto por la supremacía mundial, fue una lucha por el alma de la humanidad, nada más y nada menos. Demostrar que el estilo de vida capitalista superaba de manera infinita al comunista resultaba esencial si se trataba de buscar la felicidad, una felicidad no solo material, también espiritual. Uno de los grandes problemas de la URSS fue su naturaleza protecciónista y su falta de flexibilidad industrial. Con una gran centralización económica, la URSS sobrevaloró la importancia de la industria restando valor al papel de los servicios fuera del control del partido, lo que perjudicó gravemente la vida cotidiana de los ciudadanos soviéticos (Lozano, 2007). En la medida en que la Guerra Fría consistió también en una lucha por ganar los corazones, las mentes y los estómagos del ciudadano medio, el éxito espectacular de las economías capitalistas entre 1950 y 1975 vino a respaldar los argumentos políticos e ideológicos de Estados Unidos y sus aliados occidentales. El que la Guerra Fría no acabase con la humanidad fue providencial. La democracia continuó en Estados Unidos y, aunque con deficiencias en Rusia, quizás sea esta la consecuencia más beneficiosa de la Guerra Fría.

Al lector crítico, no obstante, puede surgirle alguna duda. Como mantiene Leffler (2008) si Gorbachov se vio liberado del peso de la historia al considerar a la URSS suficientemente poderosa para no temer el ataque de ninguna potencia, especialmente Alemania, cabe preguntarse si no lo era también la URSS en los años sesenta o setenta. Esta pregunta, en la obra de Leffler, carece de respuesta. El poderío nuclear de la Unión Soviética no podía cuestionarse, y Alemania Occidental no disponía de capacidad para atacar a este país, sin contar con que, además, no podía considerarse una potencia nuclear. Los líderes soviéticos que precedieron a Gorbachov^[7] tal vez vivieron la Segunda Guerra Mundial en primera línea, pero parece poco probable que el miedo a Alemania, a pesar de las declaraciones de algunos de ellos, constituyese, como defiende Macmahon (2016) en su obra, un motor tan importante para la prolongación de la Guerra Fría.

Aunque pueda resultar paradójico, las armas nucleares constituían un seguro de vida en contra de las aventuras bélicas a gran escala, como la invasión alemana de la URSS, por Hitler en 1941. Sin embargo, el líder nazi no había desencadenado la invasión por capricho, buscaba recursos económicos, el famoso *lebensraum*. ¿Tenía sentido que Alemania buscase recursos en la URSS de los años sesenta, setenta y ochenta? Se

podría llegar a la conclusión, de que la Guerra Fría no fue más que la continuación de un conflicto iniciado en el periodo de entreguerras, cuando tres sistemas político-económicos, fascismo-nazismo, comunismo y capitalismo democrático, luchaban por el alma de la humanidad. En la historia de la Guerra Fría es necesario advertir al lector sobre lo que Garton Ash, siguiendo al filósofo Henry Bergson, ha denominado las ilusiones del determinismo retrospectivo. Con esta expresión hace referencia al error de predecir resultados finales al analizar diversos episodios de cualquier acontecimiento histórico (Garton, 1999).

3. Conclusiones

Realizar una valoración final sobre la novedad epistemológica que han supuesto las obras analizadas en este ensayo resulta fundamental. La Guerra Fría no solo afectó a las relaciones internacionales de las dos superpotencias y sus aliados, sino que influyó en todos los aspectos que configuran la sociedad contemporánea, desde la economía hasta la cultura. La religión, la política, los medios de comunicación, la industria militar y civil, la salud, la educación, hasta el más mínimo aspecto de la cotidianidad de la humanidad en esta etapa histórica fue alterado. No en vano, como nos dice Arne (2018) estaba en juego el modelo de sociedad que habría de imponerse a nivel planetario, el «alma de la humanidad», y para logar este fin cualquier medio podía ser válido, haciendo bueno el pensamiento de Maquiavelo. Como novedad interpretativa fundamental de la bibliografía que se estudia, destaca la incuestionable importancia del individuo como sujeto de la historia y actor principal en la Guerra Fría. Los líderes de la URSS y los Estados Unidos desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo de este conflicto y fueron mediatisados en el ejercicio del poder por las cuestiones que han acompañado al ser humano desde su intemporal búsqueda de la felicidad.

Bibliografía

- ARNE WESTAD, Odd (2018). *La Guerra Fría. Una historia mundial*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- GARTON ASH, Timothy (1999). Ten Years After, *New York Review of Books*, Nueva York, 18, 18-22.
- LEFFLER, Melvyn P. (2008). *La guerra después de la guerra. Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría*. Barcelona: Crítica.
- LEWIS GADDIS, John (2008). *La Guerra Fría*. Barcelona: RBA.
- LOZANO CUTANDA, Álvaro (2007). *La Guerra Fría*. Madrid: Melusina.
- MACMAHON, Robert J. (2016). *La Guerra Fría. Una breve introducción*. Madrid: Alianza Editorial.
- NIÑO, Antonio; MONTERO, José Antonio., (Eds.) (2012). *Guerra Fría y Propaganda. Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid: Biblioteca Nueva.

- PALMA CASTILLO, Luis (2003). *La confrontación ideológica en la Guerra Fría*. Santiago de Chile: Asociación de Funcionarios Diplomáticos de Ca.
- POWASKI, Ronald E. (2000). *La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética. 1917-1991*, Barcelona: Crítica.
- ROMERO GARCÍA, Eladio (2018). *Breve Historia de la Guerra Fría*. Madrid: Nowtilus.
- RUIZ DUR N., Francisco Javier (2012). *Orígenes, desarrollo y consecuencias de la Guerra Fría secreta*. Madrid: Editorial Académica Española.
- STONOR SAUNDERS, Frances (2013). *La CIA y la Guerra Fría cultural*. Madrid: Debate.
- VEIGA, Francisco; DA CAL, Enrique; DUARTE, Ángel (2010). *La paz simulada: una historia de la Guerra Fría, 1941-1991*. Madrid: Alianza Editorial.
- ZUBOK, Vladislav M. (2011). *La Unión Soviética durante la Guerra Fría*. Madrid: Crítica.

Notas

- 1 Las dos superpotencias desarrollaron una estrategia basada en una guerra secreta que apoyaba y fomentaba acciones subversivas, golpes de estado, manipulación de elecciones etc., con el objetivo de desmovilizar al enemigo ideológico y a sus aliados. La URSS apoyó a organizaciones como la OLP, las FARC o el grupo terrorista alemán, Baader Meinhof. La CIA creó la Red Gladio para apoyar a los movimientos anticomunistas a nivel planetario (Ruiz, 2012).
- 2 «Doblepensar» significaba transformar la realidad en una falsedad construida con esmero, en rechazar la moralidad en privado mientras se reivindicaba en público (Ruiz, 2012).
- 3 Powaski (2000) indica que los factores económicos desempeñaron un papel importante en el deseo de los dirigentes soviéticos de fomentar la distensión con Estados Unidos. Los soviéticos creían que mejorando las relaciones con Estados Unidos podrían obtener la ayuda económica y tecnológica de Occidente, que era ya necesaria para una economía que a la altura de la década de los años setenta del siglo XX comenzaba a dar síntomas de atraso y estancamiento.
- 4 Ataque sorpresa de Alemania a la Unión Soviética el 22 de junio de 1941, y ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941.
- 5 Muchas de las consecuencias sobre la vida cotidiana de la Guerra Fría ayudaron a modelar el mundo actual. En Estados Unidos, por ejemplo, el sistema de autopistas interestatales fue creado merced a la National Security Act, para facilitar el traslado de tropas y agilizar la evacuación de los ciudadanos en caso de ataque nuclear. El aumento de la educación universitaria que se produjo en Estados Unidos obedeció a la necesidad de hacer frente a la amenaza tecnológica soviética que había situado el Sputnik en órbita en 1957.
- 6 El principal objetivo de estos programas secretos era alejar de forma sutil a la intelectualidad de Europa Occidental de sus históricas inclinaciones hacia el marxismo y el comunismo. El principal exponente del programa secreto de Estados Unidos en el ámbito de la propaganda fue el denominado «Congreso por la libertad cultural», organizado por el agente de la CIA Michael Josselson entre 1950 y 1961 (Stonor, 2013). Se pretendía que toda una serie de falsedades basadas en aparentes verdades permitieran que las sociedades a las que iban dirigidos este tipo de programas de propaganda tuvieran una percepción totalmente distorsionada del verdadero significado de la Guerra Fría. En palabras de Richard H. S. Crossman, político laborista

británico y declarado anticomunista, «la mejor manera de hacer propaganda es que no parezca que se está haciendo propaganda».

- 7 Gorbachov cambió el contenido ideológico y los objetivos de la política exterior soviética, y abandonó el concepto de lucha de clases para defender la paz y la cooperación con Occidente.

Información adicional

Cómo citar esta nota bibliográfica / Citation: LORENZO CUESTA, José Antonio (2019). *La Guerra Fría vista desde el siglo XXI. Novedades interpretativas*. Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea, 19, pp. 225-233 <https://doi.org/10.14198/PASADO2019.19.09>